

jes les creyese merecidos y los tomase como naturales tributos á un genio radiante y luminoso cual el sol mismo. Amén de todo esto, la gente les volvía las espaldas á los dos verdaderos poetas, á Persio y á Lucano, proclamando ante dos seres tan susceptibles y nerviosos que César no podía pasar por un poeta, precisaba elevarlo á dios de la poesía.



CAPITULO XVIII

FARSAS IMPERIALES

Nerón creía que olvidaba el pueblo fácilmente la muerta libertad, si le doraban de algún modo las cadenas, y después de muy doradas éstas, si le divertían y agasajaban en públicos festejos. Y no iba descaminado. Imposible recluir los ciudadanos meridionales en sus respectivos hogares, como á los ciudadanos del Norte. Y teniendo que salir aquéllos á plazas y calles, imposible impedirles una continua comunicación al aire libre y en los habituales sitios de reunión y asamblea, sin que adquirieran fuerza y poder por su propia indeliberada é inevitable unión, mientras que los divertía el espectáculo múltiple de los anfiteatros y circos, donde fácilmente se declaraban contra su tirano, y los congregaba donde sólo tenían atención y tiempo y espacio para sus placeres, que apartaban su alma de las cosas públicas y comprometían sus corazones y los obligaban con arte al agradecimiento popular indispensable para oprimir así á los nobles como á los caballeros y para contrastar así el comicio como el Senado. Con tener los graneros llenos de pan y las jaulas de alimañas, refase Nerón á más y mejor, así del recuerdo de la república como del severo y criticón estoicismo, en que andaban metidos los filósofos, aun los más adictos, como Séneca, para desagradarle y combatirle. Así cuando veía Nerón un bailarín, creía ver los pies de su propio imperio; cuando veía un atleta,

los brazos que sustentaban su solio; cuando un gladiador y la espada en sus manos, los instrumentos de su autoridad, superiores á las espadas de los mismos pretorianos. Dinero para los individuos necesitados, pan para los necesitadísimos, festejos para todos: he ahí á lo que redujo el dueño de Roma, y por consiguiente de la tierra, su política. ¿Qué le importaban á él murmuraciones huera de literatos cobardes, arengas aderezadas por decadentes retóricos, libelos de nadie leídos, cuando el pueblo, que le aguardaba en las graderías de circos y teatros, le vengaba en cuanto lo veía y le aclamaba con un furor de caluroso entusiasmo verdaderamente indecible? Aquellos pañuelos agitados al aire en cuanto aparecía, y aquellas exclamaciones laudatorias con que acompañaban sus gestos y actitudes en el teatro las muchedumbres, complacíanle más é importábanle más que todos los combates sostenidos por sus legiones en las fronteras del imperio para precaverle y salvarle de los bárbaros. Las precauciones que le hiciera tomar contra la plebe Agripina, encerrándolo en un palco recatadísimo, con verjas y enrejados áureos por fuera que le ocultasen al público, temerosa de cualquier desacato, desvaneciéronse así que fué dueño Nerón de sí mismo, por la muerte de su madre, y asomándose al podio, al balcón descubierto, atrajo sobre su persona todas las miradas agradecidas, y con todas las miradas agradecidas todos los espontáneos aplausos. Débil de vista, poníase una convexa esmeralda en los ojos para que amortiguara las intensidades enormes de luz y le acercase los objetos. Muchas veces, cuando el fragor producido por los aplausos y vítores del pueblo embriagado á los vapores de la sangre, Nerón se deshacía en regocijo, declaraba las muchedumbres aquellas mucho más dignas y mucho mejores que cuando se reunían en el Circo y gozaban de los novísimos espectáculos, que cuando se reunían en el comicio y gozaban de sus antiguas libertades.

Pero no le bastaba con ver al pueblo divirtiéndose y holgándose, muy esparcido y muy entusiasta, en las fiestas públicas; poseíalo una idea fija, la idea de darse sin reserva y sin escrúpulos él mismo en espectáculo y ofrecerle públicamente su persona y su arte personal, despertando así en tal ánimo un verdadero delirio correspondiente con el arresto propio de la increíble concesión.

Había ordenado primero á los patricios que representasen para humillarlos ante la plebe, como cualquier farsante, tragedias ó comedias en el teatro, y después había creído que no guardaba en sus medios recurso de ningún género tan propio para la exaltación de esta misma plebe como presentarle su César de atleta, juglar, arpista ó tenor, divirtiéndolo en recreo verdadero. La colina vaticana fué su primer teatro, y un escogido número de cortesanos compuso la legión de sus espectadores y de sus alabarderos oficiales. Pero no le bastaba con este restricto modo de presentarse: quería espacios mayores donde lucirse con más gente que lo escuchase y aplaudiese. Y no se arriesgó á intentar esto por primera vez en Roma. La Ciudad Eterna exhalaba unos enjambres de sacros recuerdos que podían clavarle sus agujijones, y el espacio donde se levantaban tantos sepulcros de verdaderos héroes podía estremecerse como á un terremoto, no pudiendo soportar á tal héroe de caricatura y mentirijillas. Así pensó en Nápoles. Tal ciudad había sido para los romanos siempre una casa de prostitución. El suelo volcánico, de lavas compuesto y cortado por innumerables humaredas, que parecía forja de muchos seres, y sin embargo amenazaba de continuo con la muerte, ingería una especie de indecible voluptuosidad por las venas, que incitaba de suyo al goce y al placer. Luego, tomando la bella ciudad y sus anexas, Puzzoli con Bayas, Herculano con Pompeya, tan hermosas, como parte de Grecia, iban allí los griegos, maestros en toda clase de artes; los alejandrinos, griegos africanos, peritos en toda clase de ciencias, formando el público más competente de la tierra, único acaso por quien pudiera dejarse juzgar un artista como Nerón. Así los atenienses y los alejandrinos, que andaban por allí; los habitantes de las comarcas parthenopeas, apercebidos á los ejercicios del arte por las emociones que les daba y sugería el suelo; los augustales dispuestos y organizados ya para celebrarle y aplaudirle; sus innumerables cortesanos, componían un público pronto á proclamarle dios, por poco que él hiciese para merecer este título. Había ya, cuando comenzó á dar en esta locura, organizado de un modo admirable; como ya hemos dicho, sus legiones de alabarderos, según llamamos nosotros á los que aplauden por estipendio en el teatro, á modo y manera que les llaman claquistas los franceses; y no era cosa de consentir que-

dase paralizada y baldía una máquina de tal fuerza. Mil quinientos romanos componían la legión de aduladores oficiales. En tal suma pertenecían á la plebe dos terceras partes y al patriciado una, distribuidos en cohortes. Como á los pretorianos se les industriaba en ejercicios militares, se industriaba con arte á estos cortesanos en ejercicios teatrales. Cómo debían comportarse así que apareciera el emperador; cómo escucharle mientras no hubiese levantado la fuerza de su voz y por consiguiente no tuviesen que levantar ellos el vuelo de su entusiasmo; cómo interrumpirle sin perturbarle á la hora suprema de promover el debido aplauso; cómo luego escalonar por una especie de gradaciones particulares y parcialísimas aquella manifestación de afecto hasta llegar al delirio, y en el delirio expresar con verdadera sinceridad y sin oficial consigna ninguna el debido necesario triunfo.

Cuarenta mil sestercios percibían los capitanes de aquellas compañías productoras del entusiasmo artificial. Iban vestidos como un coro teatral, con los trajes más ligeros y más vistosos, la cabellera larga y caída sobre los hombros, ornados de anillos los dedos, para que, al batir palmas, brillaran y sonaran á un tiempo mismo; y tenían por obligación que aprender, como los cómicos, el modo de presentar al público los afectos mayores y las mayores emociones sin experimentarlos ellos con verdad. Decíanles maestros de farsantes expertos en estos embustes cómo debían retozarles en el cuerpo los gozos y regocijos causados por una representación del emperador, aunque muy contrariados estuvieran; cómo debían mostrar satisfacción en la placidez del rostro, cuando con el plectro tañera la lira y le sacara sonos suavísimos; cómo debían llorar á gritos si algo trágico el actor coronado recitaba ó hacía cualquier luctuosa tragedia, y qué gritos y vociferaciones emplear ó qué clase de gestos hacer ó qué manera de actitudes guardar cuando el entusiasmo llegase á los mayores paroxismos y se manifestara en verdaderos estremecimientos con aires de colectivas epilepsias. Y no creían los maestros en tales artes que bastaban manos y pies, pulmones y laringes á expresar el entusiasmo: aumentábanlo con flautillas que producían zumbidos como los de un enjambre, con hierrecillos que daban sonos agudos, con crótalos que castañeteaban en las manos produciendo fragores parecidos á verda-

deros arrebatos. Así ya pudo cantar ante los espectadores que le aguardaban muy ansiosos. Habíanse dispuesto las cosas de manera que ayudase la hermosura del medio ambiente á la hermosura del arte. Cuantas flores producía aquel jardín habíanlas enlazado en guirnaldas multicolores y aromáticas; cuantos objetos vistosos era posible reunir, habíanse allí reunido para ornarlo con sus preseas todo. Bañóse primero en tina de plata, llena con leche de burras, suavizándose la piel. Untóse luego con toda clase de pomadas desde los pies á la cabeza y aromóse con cuantos aromas ofrecía el Oriente á la voluptuosidad occidental. Cuantas estatuas ofrecen actitudes teatrales de las esculpidas hasta entonces por Grecia, estudió con cuidado; y cuantos actores y recitantes alguna fama tenían, observó en reuniones privadas y secretas para industriarse primero en los misterios del arte y lucirse luego ante su público. Un vestido de gasa como los puestos á las Musas, cubríale desde los hombros hasta las plantas, y le arrastraba por el suelo en guisa de nube que va flotando bajo un dios. Preciosísimo cinturón le ceñía el traje á la cintura, dos pulseras en forma de serpiente se le ceñían al puño y dos brazaletes egipcios á lo alto del brazo. Pendíanle del cuello muchos amuletos que conjuraban todo daño. En la mano izquierda llevaba una cítara de oro y en la derecha un plectro del mismo precioso metal. Ostentaban las sienes verde corona de laurel. Numerosísimo coro le circuía como pueden circuir los sátrapas á un oriental déspota. El sitio donde se hallaba parecía de suyo á un altar y á un ara, siendo así divinización y apoteosis de la farsa. Cuando salió, el clamor lanzado por los millares de curiosos ensordeció los aires y llegó hasta los cielos. Pero como hiciese la correspondiente señal de silencio el jefe de aquellos cortesanos, parecía que todos acababan á una de hundirse allá en los abismos y de desaparecer del espacio según la mudez que les impuso el mandato, pues parecía que no respiraban. Otra señal advirtió á los iniciados cómo se levantaba y erguía Nerón para comenzar su cántico, y un rumor sordo de admiración, comprimido por el respeto, siguió á la expansión producida por la entrada del emperador y al silencio que



Crótalos

impusieron luego los convencionales signos. Este pulsó bien su lira, porque aprendiera cuanto puede aprenderse de técnico en un arte, pero sin que nunca descendiese á su voz y á su idea la inspiración celestial con sus llamaradas divinas. La voz no le acompañaba, pues iba desde la obscuridad por bajo hasta la desafinación y los gallos por arriba. Pero no tuvieron límites las explosiones de artificial entusiasmo. Atronaron las orejas los clamores. Seis ó siete mil castañuelas, sonadas á un tiempo en los dedos de aquellas gentes, produjeron así un ruido semejante al que pudiera producir una ráfaga de viento huracanado. En algunos instantes la consigna era no tener ninguna, y permitir á cada cual que manifestase su entusiasmo como le pluguiese; y unos saltaban; decían otras palabras incoherentes; empleaban los de aquí fórmulas cortesananas que no se hubieran usado ni en Babilonia con el severo idioma de libertad; proferían los de más allá laudes ó aclamaciones dignas de locos, y parecía que una racha de esos vientos frequentísimos en el Mediodía, los cuales trastornan el seso y vuelven la cabeza de quienes los sufren, habían pasado por aquellos espectadores furiosos, sin que uno solo cayera en lo hecho por todos, á causa de que se habían puesto sin excepción alguna en ridículo, no por entusiasmo que tuvieran, y menos por admiración que al empujado artista guardaran; por miedo al enojo del César, quien más fácilmente hubiera conseguido ser un falso dios, callado y recóndito, de cuyos milagros cualquier cuerpo sacerdotal y embustero se hiciese cargo; que no falso artista, destinado á fracasar, en cuanto quisiese hacer alarde ostentoso de inspiración, que bajó siempre á su grado propio y voluntad por irradiaciones misteriosas del cielo, y no al grado y voluntad de los fuertes y de los poderosos y de los nobles y de los monarcas y de sus pontífices, que no pueden mandar en lo alto como aquí abajo mandan.

Pero lo cierto es que Nerón tomó estos triunfos, apercebidos desde tiempos tan luengos y organizados por manera tan fuerte, como cosa corriente, haciendo del maravilloso paisaje parthenopeo, que tenía delante, un gran escenario, y de su vida entera un gran drama. Todo lo hacía en público por tal tiempo. Si el cuitado se bañaba, convertía el baño en ejercicio de natación, semejante al usual en las naumaquias. Si comía, mandaba que le pusieran la mesa

en el proscenio, como comen fingidamente los actores cuando lo pide una escena. Dicen que, representando una vez allí mismo y por aquellos días, en el momento más solemne de un recitado á la sonora lira, sintióse un estremecimiento del suelo, frequentísimo de tiempo inmemorial en aquellos terrenos volcánicos; y no se inmutó el César, ni se inmutaron los espectadores tampoco; aquél por no interrumpir su obra, y éstos por temor á que una desatención, siquier fuese movida por un suceso tan extraordinario y justificada por una tan grande amenaza, les costase la vida. Otra vez, al fin de unos juegos, en los cuales había tomado como Proteo todos los aspectos y formas posibles, cantando al son de la cítara y haciendo todo género de contorsiones como un bufón y dirigiendo una cuadrilla, como se desplomara y cayera la gradería, compuesta de maderas, sin daño de nadie, hizo una procesión en tributo de gracias; y recitó y cantó y oró en himnos de alabanzas interminables á sus protectores los dioses. Y así habiendo conseguido un favor tal en Nápoles comenzó á volverse hacia Grecia, pensando en que allí había de tropezar con mayores mercedes y con más ruidosos aplausos del pueblo entusiasmado por los acentos de su voz y por las inspiraciones de su poesía. Bárbaros para él todos los romanos, ¿cómo podían compararse con aquellos griegos, en quienes habían puesto las Musas todos sus dones, dotándolos con poesía, escultura, letras y artes, cual no los tuviera ningún otro pueblo? Desde Parthenope, tomada por él como una ciudad sólo propia para el ensayo, pensó en pasar á Sicilia, donde pondría cualquier obra de Teócrito al pie del Etna, y en los campos mismos donde todo lo cantado por el idílico poeta sucediera, para gozarse con ello antes de penetrar en el verdadero templo de sus triunfos, en la divina Grecia. Pero como mil conspiraciones le saltasen al paso, urdidas por los envidiosos que detestaban su persona sobrenatural, según la creía Nerón, y que se oponían á su política, por generadora de una paz inconveniente para patricios habituados á vivir del sudor y de la sangre de los pueblos, Nerón pensó en arrestarse á todo, y dar en Roma funciones, donde fuera el único protagonista. Así lo anunció públicamente. Y por este anuncio, todo el pueblo supo que después de haberse Nerón desvivido por su felicidad en el trono, se iba gustoso á desvivir ahora por su placer en el teatro.

Imposible decir la que armaron en la Ciudad Eterna con esto. El circo, donde llamaban la general atención entonces blancos y azules, como antes la llamaran en mejores empresas patricios y plebeyos; los gladiadores de las diversas regiones, que no daban treguas al ensayo continuo de actitudes artísticas en el combate y de posturas académicas en la muerte; los domesticadores de alimañas, que se hacían seguir por las serpientes fascinadas y que jugaban como sus galos con los tigres; las turbas de bufones dados á decir gracias y de titiriteros dados á hacer pruebas; los atletas parecidos á estatuas vivientes y untados con el óleo luminoso y aromático de Minerva; los mímicos, que representaban mudos innumerables pantomimas muy gustadas del pueblo; los bailarines un tiempo consagrados al culto y más tarde aplaudidos en el teatro; tanto y tanto actor se movieron y entusiasmaron de suerte con aquella resolución imperial, que no hubo en la tierra monarca ninguno tan popular como este monarca del regocijo y del jolgorio. Así en las tabernas todo el mundo á la salud bebía de aquel César que se gastaba en divertir al pueblo romano los tesoros invenidos en las entrañas de todos los subsuelos del mundo romano, amén de los tributos sudados por la frente de los demás pueblos en el romano tesoro; así los devotos dirigían públicas oraciones á las divinidades para que prosperaran y bendijeran aquellas sienas de donde salían tantos divinos planes; los mercaderes convertían su efigie en dios Lar ó protector de sus tiendas, porque tanta festividad era como el cebo de innumerables afluencias extranjeras, y tantas afluencias donde más aflúan por una ineludible ley era en sus arcas, y lo que más alimentaban era su ganancia. Pero, con eso y con todo, erigido casi en dios, aclamado cual un ídolo, puesto sobre aras y altares, costábale mucho trabajo resolverse á representar en Roma como atleta y actor y cochero, aun después de haberlo hecho en Parthénope y de haber avisado á todo el mundo su presentación en las tablas. Así en los primeros juegos que se verificaran después de los en Nápoles celebrados y que se distinguían y calificaban por el nombre mismo de Nerón, pues les decían en el habla vulgar neoronianos, sufrió un gran desengaño la multitud al ver que su César se había ido con los espectadores y no con los artistas. Cuando le vieron llegar, aclamaronle como nunca. Saludó él con efusión y se instaló en su po-

dio con femenil coquetería. Viéndolo rehusar así lo prometido y retirarse á su preeminente sitio, rugieron como fiera que recibe un golpe de la mano que lame. Nerón dió entonces órdenes de que salieran los demás actores y cantantes; mas no quiso la muchedumbre verlos ni escucharlos. Nerón les agradecía con toda clase de besamanos efusivos el empeño, mas negábase con resolución invencible á satisfacerlo. Entonces la multitud se arrojó á sus plantas. Los que pudieron acercarse, tendiéronse á guisa de alfombra por tierra, y los que no pudieron acercarse, arrodilláronse ante su presencia. Un clamor salía de todos los pechos expresando que no podían irse de allí tantos espectadores congregados para oírle, sin llevarse los ecos de su divina voz en el oído. Nerón continuó rehusándose, pero como esas damas que se niegan á los requeridores, no por negarse al deseo, por exacerbar el apetito. Entonces ocurriósele á la multitud una muy extraña inspiración, la súbita y no premeditada de pedir demandaran los pretorianos el descenso de su general á las tablas. ¿Qué no le concederían al pueblo los pretorianos con tal que no pidiesen la libertad? ¿Y qué no le concederían á los pretorianos los Césares con tal que no les pidieran la corona ó la vida? El pueblo empujó á los soldados hacia el podio donde Nerón estaba, y los soldados empujaron á Nerón hacia las tablas donde pedía el pueblo que se presentase. No deseaba otra cosa en el fondo de su espíritu; no tenía otro hipo en el movimiento de su voluntad. Pero necesitaba que se asociasen á su infamia el pueblo y el ejército, aceptando la responsabilidad de su vileza, como si la historia buscara los seres anónimos para castigarlos, cuando necesita un individuo que ajusticiar con ira y nombres propios que clavar en los patíbulos de la historia. Nerón cedió al cabo. Pero no debía ser la cesión tan espontánea de suyo y tan poco meditada, cuando se preparó en el teatro todo para que Nerón se presentara con pompa y majestad como un Dios á quien sacan de su capilla y llevan en religiosa procesión.

Precedíale una guardia brillante; parejas de bailarines y bailarinas, que trenzaban unos cadenciosos bailes, ibán en pos de los soldados, contrastando con sus gasas ligeras las pesadas brillantísimas armaduras de los precedentes; seguía tras los bailarines una orquesta bien armonizada y bien dirigida, tocando sinfonías de ver-

dadera dulzura; tras las orquestas iban los coros concertando himnos de mucho vuelo y entonación; tras los coros iban los caballeros en grande número, y tras los caballeros los patricios, parecidos á un senado ambulante, y tras los patricios los sacerdotes con sus togas litúrgicas, y tras los sacerdotes los magistrados con sus consignas, y tras los magistrados las vestales, y tras las vestales el sacerdocio pontifical, y tras este cuerpo los cónsules, ó el cónsul honorario ó nominal, que acompañaba en la cooperación fantástica de los antiguos institutos políticos al cónsul eterno, á César, y tras el cónsul, precedido de sus lictores y acompañado por las altas dignidades palatinas y por los primeros ministros, el emperador, que no se contentaba con prostituirse, degradarse á sí mismo en aquella increíble ignominia; prostituía y degradaba consigo toda la historia romana. Cualquiera, viéndolo pasar, creería que iba el emperador á las curias donde se había dado el sabio romano derecho al mundo todo, y á los tribunales donde se aplicaba este derecho, y al Foro en que hablaban los grandes oradores, y al comicio donde se reunía el pueblo, y al templo de los dioses y al combate contra los enemigos de Roma, pues iba con más acompañamiento que los césares; pues no, no, no; iba el cuitado á las tablas, poniéndose un disfraz de farsante, declamando como el último histrión, á divertir al pueblo, á quien debía regir ó administrar, en una derogación suicida de todo cuanto constituye aquí entre los hombres la dignidad y el honor.

Imaginaos lo que pasaría por aquel público y lo que pasaría por su ánimo cuando se presentaba un César en el teatro de Roma. No obstante la inconsciencia propia de su locura, Nerón, á quien jamás le faltaron en su tormentosa vida ni el éter de la inteligencia, ni el calor de la sensibilidad, ni el movimiento de la emoción, debió sentir un escalofrío, no sólo porque pudiera el público romano con un arrebato de sinceridad, frecuente, y mucho, en todos los públicos, silbarle, cosa que podía equivaler en el fondo á destronarle, sino porque no podía humanamente ocultársele que injuriaba la memoria y profanaba los huesos de todos aquellos á quienes heredaba y sucedía, arrojándose de cabeza en suicidio moral inconcebible desde las tablas del trono, donde como un dios era en autoridad y poder, á las tablas del teatro, donde sólo era un mísero histrión.

Hechos así revelan todo el abismo de miseria moral en que caen los pueblos desposeídos de sus nativas libertades. Cuando uno ve que Roma entera, el pueblo romano mismo, á pesar de tener los timbres históricos que lo distinguen y las maravillosas facultades que lo enaltecen ante la historia, llegó á cambiar la majestad severísima de sus magistrados por las trampólicas de un titiritero, no puede menos de comprender por qué se disolvió el Senado, por qué se corrompieron los comicios, por qué se apagó el ideal, por qué se acabaron todas las libertades á una, por qué cayó el gobierno desde las curias en los campamentos: por la desvergüenza universal. Pero no hubo un instante siquiera de dolor en aquella muchedumbre, indicativo de que sentía su ignominia y su esclavitud. Por los mismos espacios que hollaran aquellos idos desde allí al Asia y al Africa en alas de la victoria, los héroes republicanos, seguidos de sus legiones, pasaban ahora los cortesanos imperiales, seguidos de titiriteros y farsantes, á exaltar un coronado cómico y procurarle interesados aplausos de un público servil y estipendiado. El prefecto del Pretorio, como si dijéramos el capitán general de Roma, estaba en un lado, y en otro el primer ministro Séneca. Foenio, amigo del César, llevaba su plectro; Tigelino su arpa: Nerón se asentó en una sede ornada y altísima, cogiendo el instrumento entre sus rodillas, y pulsándolo con los dedos para que despidiese notas y arpegios de una singular melodía. Y después de tañer bien el arpa y producir así una especie de obertura, según llamamos á esto en el habla moderna, recitó versos y composiciones, unas propias suyas, otras tomadas de los grandes autores, cantando las trágicas desgracias de los personajes que pasaron desde las vidas más ó menos históricas suyas en muerte á las leyendas, y desde las leyendas al teatro, y desde el teatro á la elegía. Aquel jefe de los atridas, que diera en festín, al cual no quiso prestar el día su luz, obscureciéndose y velándose, al infeliz Thyestes la carne cocida de los propios hijos; el Hércules furioso que destroza los leones y alza las columnas donde terminaba la tierra; los lamentos sublimes del Edipo en Colonna, ciego y conducido por la incomparable Antígona, que le sirve de báculo y apoyo; el horror de Orestes, parricida, quien tras la muerte de su madre huye á los remordimientos representados por las Furias; todas estas leyendas varias, tan aná-

logas y consonantes algunas con la vida é historia del propio emperador, que los romanos allí reunidos no acertaban á saber, en su extrañeza rayana con espanto, si el actor singularísimo aquél representaba la historia de los demás ó su propia historia. Al asombro causado en algunas almas superiores por aquel acto en que una sociedad entera se degradaba por completo, bien pronto se aventajó y sobrepuso el sentimiento regocijado de una imprevisora plebe, la cual no veía en todo aquello nada más allá del placer producido por la naturaleza, por la estirpe, por la categoría, por la dignidad del actor que la recreaba en el escenario de sus teatros, y no se hacía cargo de que, aplaudiéndolo y celebrándolo, delataba sus enfermedades colectivas á todos los tiempos, deshonorándose y envileciéndose por toda una eternidad.



CAPÍTULO XIX

EL HOGAR DE NERÓN

Las casas de Roma tenían y guardaban sin excepción alguna sus altares consagrados al fuego doméstico. Cuando la llama no chisporroteaba con todo su estruendo y en todo su lucimiento, había bajo las cenizas los carbones más ó menos apagados del necesario rescoldo. Todo en torno del altar, donde tal elemento se guardaba, debía ofrecer pureza por signo y símbolo de la femenil castidad. Así estaba prohibido alimentarlo con materias impuras ni obscurecerlo con la perpetración en su presencia de cualquier acto indigno. Su extinción se consideraba como uno de los mayores males sobrevinientes á la casa y su reanimación pedía ritos de suma trascendencia y entidad. No podía encenderse un fuego sagrado en otro fuego sagrado; precisaba sacarlo del perpetuo de vida donde arde desde una eternidad el calor universal. Por la concentración de los rayos solares ó por la frotación de materias combustibles obtenían las necesarias reanimaciones. Así, ¡ah!, solamente así merecía el nombre de puro y aquella devoción tan intensa que se consagraba con salutations sin cuento. Ningún romano se partiera de casa nunca sin el correspondiente saludo al fuego sacro; ninguno empezara ni á comer ni á beber sin partir su comida con el dios y ofrecerle de grado la porción de vino á él correspondiente. La comida to-



Altar romano